

RESEÑAS DE LIBROS

Manuel Ruiz Figueroa, *La religión islámica: una introducción*, El Colegio de México, México 2002, p. 157.

Este libro no pretende más de lo que anuncia: ser una introducción. Es decir, el trazo preliminar de las características y evolución de una de las culturas religiosas de superior importancia. Ya no se limita a gravitar en países de Asia y África, aunque ellos cobijan a la mayoría de sus seguidores. Influye poderosamente en los valores y en los intereses del Occidente europeo y norteamericano a través de una presencia demográfica que crece con celeridad. Casi 15 millones de creyentes en Europa, algo más de cuatro millones en Estados Unidos y casi 2 millones en América Latina. Presencia demográfica y cultural que complica al tiempo que pone en entredicho el celebrado “choque de civilizaciones” que anticipa y legitima conflictos de alcance planetario.

Se trata de una obra indispensable en castellano, pues el público latinoamericano suele profesar ideas superficiales, cuando no torcidas, en torno al islam. Más aún, apenas conoce —omisión que Ruiz no alcanza a remediar— las controversiales posturas de Edward Said en torno al “orientalismo” y los sesgos que analistas occidentales implantaron en el estudio de esta religión. Fenómeno similar a las perspectivas parciales que “latinoamericanistas” y “mexicanistas” de Estados Unidos y Europa introdujeron en la indagación de la fisonomía latinoamericana.

La actitud de Ruiz Figueroa es felizmente didáctica. Paso a paso explica los inicios del islam como reacción creativa tanto a las creencias politeístas que lo precedieron (la *yabília* vituperado entonces por Muhammad y hoy por los Hermanos Musulmanes que la consideran equivalente a Occidente) como a los mandamientos de la fe judía y cristiana.

Muhammad no niega a sus antecedentes proféticos y dogmáticos. Los adopta selectiva y sincréticamente. Y en un momento de confrontación, los “arabiza”. Así, imperativos y costumbres —incluso la escatología y la teodicea— de judíos y cristianos son reconocibles en el islam, pero el Profeta les imprime un carácter singular. Es el último y por lo tanto el más perfecto representante de la revelación divina. Eslabonamiento metafísico que explica tanto la tolerancia de los musulmanes a la “Gente del Libro” (*ahl al Kitab*) como la impla-

cable postura respecto de los pueblos que ignoran al Dios único y que pueblan todavía territorios no conquistados (*dar a-Harb*).

Las luchas religiosas y militares de Muhammad contra los ricos de Meca son reseñadas prolijamente por el autor. Éstos no dan fe de la primera revelación al Profeta (descrita en la sura 96) pues estaban habituados a las alucinaciones de múltiples personajes acalorados acaso (si creemos a Renán) por el Sol y la soledad del desierto. Pero la visión de Muhammad se mostró más articulada y convincente. A los cuarenta años inicia su prédica, y en menos de una década reúne un formidable grupo de partidarios merced a su liderazgo carismático, que ejercita con entusiasmo y astucia. Cuando murió el 8 de junio del 632 d.C. (año 10 de la *hégira*), la conquista de Arabia y la consolidación del islam se constituyeron en hechos incontrovertibles, que habrán de difundirse geográfica y culturalmente a través del dominio militar y de una articulada teología.

El autor pasa inteligente revista a las facetas de esta emergente religión: al Corán como texto básico a pesar de su deshilvanamiento temático, las primeras discusiones sobre la índole de la *umma* o de la comunidad de creyentes, las discrepancias teológicas en torno al origen del Mal, la finitud del Infierno, la resurrección de los muertos, los alcances de la guerra santa (*yihad*), y, en fin, la aparición del sufismo y del shiísmo y sus prolongaciones en los tiempos que corren. Examen excelente y equilibrado que será provechoso para cualquier estudio inicial del islam.

Hay que indicar sin embargo dos ausencias que tal vez el autor podrá enmendar en el futuro: la vitalidad de la Shia hoy manifiesta en Irán y que contiene elementos mesiánicos encontrables en la Cábala y en el Jasidismo de los judíos, por una parte. Y por otra, la reformulación ideológica efectuada en el siglo XX por los Hermanos Musulmanes al encarar el laicismo y las arrogancias de los imperialismos occidentales, incluyendo por supuesto a la desaparecida URSS. El tratamiento de estos temas le habría suministrado al texto actualidad y relevancia, especialmente en estos tiempos posmodernistas y mediáticos en que la lectura histórica se despliega desde el presente —con sus efervescencias— hacia el pasado constantemente reinterpretado.

En suma: un ejercicio didáctico valioso.

JOSEPH HODARA
Bar-Ilán University
Israel

Graham Connah, *African Civilizations: An Archeological Perspective*, 2a. ed., Cambridge University Press, Cambridge 2001.

El libro de Graham Connah, profesor emérito de Arqueología en la Universidad de New England, Australia, fue escrito como síntesis de algunas de las más importantes evidencias arqueológicas que muestran la complejidad cultural de las sociedades y la aparición de ciudades y de estados en África Tropical en los últimos 4 000 años como avances en el conocimiento de su historia.

La presencia humana en el continente —la más antigua en el mundo— y su relación dinámica con los distintos medios ambientes de ese inmenso espacio geográfico, ha sido capaz de guardar al mismo tiempo la memoria de sus estrategias de interacción, dando así origen a la Historia de la Humanidad. Esa es una de las propuestas más estimulantes de su libro: destacar los factores ambientales y su acción recíproca con la creatividad humana en la construcción y florecimiento de las civilizaciones. El autor así lo sintetiza: “si usted intenta estudiar historia de África, debe entender ecología humana”.

La arqueología es una fuente mayor de información para conocer ese pasado, pues ofrece materiales que muestran no sólo evidencia física de las actividades humanas sino también echan luz sobre los cambios en las sociedades y los modos en que se realizaron, es la premisa de su análisis.

Mucho se ha publicado sobre estos temas desde el punto de vista teórico de distintas disciplinas —especialmente Historia y Etnohistoria— y también desde perspectivas ideológicas que en muchos casos han bloqueado análisis y desdeñado pruebas, especialmente si se compara con la escasez de los estudios generales sobre arqueología de las ciudades y de los estados. Sin embargo, el autor presenta una síntesis de los más importantes trabajos donde son evidentes las diferencias entre los datos de los historiadores y los datos de los arqueólogos. Sobre la cantidad de ciudades en la antigüedad, aparece un mayor número de ciudades en Atlas Históricos de las que han sido excavadas, por ejemplo; pero coinciden en el patrón geográfico de distribución.

El punto de partida del presente trabajo y el núcleo de los capítulos del libro que deben leerse como una serie de estudios de caso, es el de rescatar las evidencias arqueológicas que aportan nuevos datos al estudio del tema, confirman otros, y fundamentalmente cancelan o corrigen afirmaciones que ya se han convertido erróneamente en premisas de estudio para explicar los procesos de formación del estado y de surgimiento de la urbanización en África Tropical. Este tér-

mino usado para referirse a la parte del continente situada entre el Trópico de Cáncer y el Trópico de Capricornio es la forma más adecuada y coherente con el eje de discusión de la obra —Ciudades y Estados como creación histórica africana— para invalidar el de África negra, mencionado con frecuencia cuando se describe esa región del continente. Al límite espacial del estudio se agrega el límite temporal. El autor ha escogido el término precolonial de origen eurocéntrico para definir el periodo de estudio para el que se hubiera esperado otra forma de nombrar dada la fuerza de la creatividad histórica endógena que el trabajo enfatiza, en los logros de las civilizaciones africanas y sus relaciones dinámicas, amplias y equidistantes con otras zonas culturales del Índico o del Mediterráneo.

El primer capítulo del libro, llamado “El Contexto”, presenta una síntesis crítica de las más importantes teorías, construidas desde otras disciplinas para interpretar los hallazgos arqueológicos. Es una luminosa presentación de las perspectivas de análisis que teorías, ideologías, prejuicios, o intenciones precisas han influido en las conclusiones de estudios arqueológicos o históricos. La discusión, basada en la experiencia científica del autor y en una rica documentación bibliográfica —se citan más de setecientos títulos— muestra los avances de la nueva investigación arqueológica y la revalorización de datos obtenidos en antiguas excavaciones, que habían sido interpretados según otras pautas y otras visiones de la historia. Siete capítulos examinan las áreas principales de las evidencias arqueológicas agrupándolas geográfica y cronológicamente y ofreciendo un panorama de sus aportes al tema central. En el capítulo 2 se discuten las evidencias provenientes del Nilo Medio referidas a las ciudades y estados de Kerma, Napata y Meroe, considerando además la pertinencia del análisis referido a la Nubia Cristiana. En el capítulo 3 se analizan los datos de Aksum y de la Etiopía Cristiana. Los capítulos 4 y 5 están destinados a examinar los resultados de los estudios arqueológicos sobre las ciudades y estados de la sabana y el bosque de África Occidental. El capítulo 6 está destinado a las evidencias arqueológicas presentes en la costa de África Oriental, el capítulo 7 analiza el gran Zimbabwe. El capítulo 8 está dedicado a la depresión de Upemba y a la zona inter lacustre en el centro de África.

La estructura de los capítulos permite seguir las líneas de investigación con una gran riqueza analítica. Todos contienen el mismo orden temático: localización geográfica y factores ambientales; fuentes de información, tecnología, sistema social; presiones demográficas, ideología; comercio externo; conclusión. Ese orden es un valioso apoyo al lector para transitar las búsquedas y el rigor intelectual con que el autor revisa cada una de las áreas fundamentales estudia-

das. El capítulo 9 recoge magistralmente el resultado de los análisis y propone las perspectivas de reflexión que dan un giro nuevo a muchos de los conocimientos adquiridos y abren campos de estudios para futuras investigaciones arqueológicas desde la diversidad de experiencias de espacios geográficos y de posibilidades de comunicación para explicar el surgimiento de la complejidad social en las más diversas realidades.

Parece oportuno escoger una de las partes más densas del libro y presentar una síntesis de lo que el autor propone para descubrir las formas de construcción de los estados y surgimiento de las ciudades, a partir de nuevas evidencias arqueológicas.

El capítulo 4, llamado "Una zona óptima: La sabana de África Occidental" concentra su atención en las ciudades del Sahel, frontera con el Sahara en el espacio que actualmente ocupan Mauritania, Senegal, Malí, Burkina Faso, Níger y Chad.

Allí se ubica el más importante ecosistema del continente, rico en recursos de fauna y flora, sal y metales. Colinda con un desierto que ha sido considerado barrera, pero atravesado desde épocas muy tempranas por carros tirados por caballos y más tarde por camellos que permitieron desarrollar una compleja red de comercio internacional desde el siglo XVIII. Pero las relaciones económicas de la sabana estaban desarrolladas y las técnicas de producción instaladas, más de mil años antes, según los datos arqueológicos.

Sin embargo, en el siglo XX el conocimiento de las ciudades más antiguas se basaba en tradiciones orales y documentos árabes que dan noticias de la zona desde el siglo X hasta el XVIII. Gracias a esas fuentes se ha podido reconstruir la historia de los estados más importantes desde hace 1 200 años cuando se desarrolló el comercio transahariano y aparecieron las ciudades como centros estratégicos de control de rutas. Esa idea enfatizó también el papel del islam, en el proceso de urbanización.

Por mucho tiempo se consideró que las ciudades y los estados del Sahel eran producto de estímulos externos como el comercio de larga distancia.

Pero las fuentes limitadas de los documentos escritos por gente de cultura islámica fueron reemplazados por fuentes arqueológicas en la segunda mitad del siglo XX. Los primeros resultados de excavaciones publicados por Mauny en 1961 (*Tableau Géographique de l'Ouest Africain*) hablaban de siglos oscuros refiriéndose a los 3 000 años anteriores a los que se conocían por los documentos escritos.

Actualmente la investigación arqueológica ofrece nuevas luces al conocimiento de los orígenes de las ciudades y los estados en esta zona.

Las primeras señales del surgimiento de sociedades en África Occidental semiárida es la aparición de “élites múltiples” (como las llama McDonald en su estudio de 1999) basadas en acumulaciones transitorias de poder y de riqueza que en ciertas regiones favorecidas por estímulos climáticos y culturales desarrollaron jefaturas semisedentarias hacia 1 500 a.C. Una de esas sociedades fue encontrada al sur de Mauritania (Tchit-Walata) que tiene 4 000 años de antigüedad.

Hay que destacar que los datos que hicieron avanzar los conocimientos de la urbanización indígena de la zona fueron los de Susan y Roderik McIntosh (excavaciones de 1970-1998) quienes establecieron que esa urbanización surgió entre el siglo III a.C. y el primer milenio de nuestra era, cuando el espacio del complejo urbano estudiado, de Jenné-jeno creció de 12 a 32 ha con una población que aumentó de 4 800 a 12 800 habitantes llegando a 26 700 si se incluyen otros sitios excavados. Las bases económicas eran la agricultura, ganadería, pesca, caza, metalurgia, artesanado y la participación en una red comercial que abarcaba un radio de 370 km. Como lo sugiere Levitziou “Jenné-jeno es muy grande, muy temprano y está demasiado al sur” para depender de estímulos externos.

La gran homogeneidad de cultura material que existía en Jenné-jeno sugiere que en su máximo desarrollo la ciudad constituía el centro de un área económica y política mayor que su entorno urbano. Otras ciudades como Tombuctú o Gao sobrevivieron desde el primer milenio siglo VI o VII hasta los siglos XIV y XV. En el río Senegal también se hallan vestigios de sociedades pequeñas desde el primero hasta el II milenio en que se observan cambios por la expansión de los contactos comerciales que dan lugar al surgimiento del Imperio Takrur.

Allí también la distribución de oportunidades de subsistencia dio lugar a la distribución de la población en pequeños grupos, desde el primer milenio.

Por otra parte, los avances de la arqueología profundizaron la investigación sobre las capitales como Koumbi Saleh (Ghana) o Niani (Malí) entre muchas otras donde las excavaciones y el estudio de las murallas están aportando nuevos significados para entender también orígenes y desarrollos de urbanización. La excavación de túmulos funerarios muestran diferencias de estatus social desde los siglos VII y VIII en algunas ciudades donde la cantidad de objetos valiosos dan la dimensión de la riqueza y el prestigio de los personajes. Esa riqueza cuyo origen era la producción agrícola y ganadera, tenía fluctuaciones que llegaban al abandono de las ciudades a causa de cambios climáticos, de la disminución de niveles de lagos y de ríos que pueden conocerse por datos arqueológicos.

Otras pruebas de la producción indígena de riqueza es la presencia de cobre, hierro en los objetos hallados en las tumbas cuyo uso era exclusivamente local. Susan McIntosh afirma que la densidad de los establecimientos sedentarios en el Delta interior del Níger, en el valle Medio del Senegal y en las llanuras del sur del Lago Chad, sugiere la presencia de una complejidad social anterior al año mil. De igual manera el crecimiento de esas sociedades en el mismo periodo, tanto desde el punto de vista demográfico como del espacio que ocupan, sugiere que el sistema de gobierno debió ser complejo para mantener orden y regular el mercado.

De modo que cuando en los siglos VIII y IX aparecieron los mercaderes musulmanes desde el norte de África, las sociedades ya estaban organizadas y los estados constituidos desde épocas anteriores al establecimiento del comercio transahariano. Así como la estratificación social y la especialización funcional se desarrollaron antes del contacto con los árabes, así también era evidente la presencia de artesanos de numerosas especialidades, productores, comerciantes, funcionarios religiosos y líderes comunales. No sólo el sistema social estaba sólidamente establecido sino que existía una red de comercio interior activo, que se comunicaba con otra, cuyos ejes atravesaban el desierto entre el Norte de África y el Río Níger servidos por carros tirados por caballos. Ya en 1980 los McIntosh afirmaron que “el establecimiento rápido y la expansión del comercio árabe en Sudan Occidental fue posible porque se insertó en un sistema existente de redes de comercio subsahariano indígena”.

En cada uno de los otros capítulos correspondientes a las seis áreas revisadas se advierte la valorización de nuevas evidencias arqueológicas que otorgan a la historia de África no sólo nuevos datos sino nuevas perspectivas de investigación.

Graham Connah cumple con una prosa elegante y llena de interés, su propósito de alcanzar un público amplio entre estudiantes y profesores de arqueología africana, en esta segunda edición de su libro a la que ha integrado no sólo actualizaciones sino la reescritura y reestructuración de algunos capítulos a la luz de nuevos hallazgos e investigaciones. Del mismo modo se ha beneficiado la sección de ilustraciones, con nuevos mapas y planos muy difíciles de encontrar en otros textos del mismo género. La bibliografía extensa, selecta y actualizada es un instrumento esencial para los estudiosos del tema.

Tal síntesis es resultado de una amplia experiencia del autor como arqueólogo, de la cual dan cuenta los títulos de algunos de sus libros: *Three Thousand Years in Africa* (1981), *Kibiro: The Salt of Bunyoro past and present*, (1996), *Transformations in Africa essays on Africa's later past* (1998), y dos artículos resultado de sus últimas investigacio-

nes sobre murallas y ciudades; "African city walls: a neglected source?" en *African Urban Past*, D. M. Anderson, R. Rathbone y James Currey (eds.), Oxford 2000 y "Contained Communities in Tropical Africa", en *City Walls the urban enceinte in global perspective*, J. Tracy (ed.), Cambridge University Press, Nueva York en prensa.

La gran contribución del profesor Connah al avance de la historia de África: es haber rescatado en la revisión del cúmulo de investigaciones arqueológicas los datos que insiden no sólo en el conocimiento de esa historia sino en las líneas de reflexión e investigación que la van construyendo. Al confirmar el dinamismo innovador de la historia de África para proyectar sus hallazgos, transformaciones y avances a la historia como disciplina, el presente libro ofrece un aporte sustancial al conocimiento del pasado africano y del pasado humano.

CELMA AGÜERO
El Colegio de México

Mircea Eliade, *Erotismo místico en la India*; trad. del francés de Miguel Portilla, Colección Sabiduría Perenne, Barcelona, Kairós, 2002, 83 pp.

La obra ensayística, literaria, teatral y memorialística del sabio rumano Mircea Eliade (1907-1986) nos sigue sorprendiendo por su originalidad y vastedad, pues prácticamente cada año aparece algún escrito que desconocíamos en español o que incluso resulta extraño para los propios rumanos, como fue el caso del *Diario portugués 1941-1945* (Barcelona, Kairós, 2001) que, por sinergias del caos y la desconfianza, fue autorizado en su edición española pero no en el original rumano ni en inglés, pese a que su traductor estadounidense (Mac Linscott Ricketts) tenía ya una versión desde años atrás.

De su fructífera estancia en Francia (1945-1956), no exenta de vicisitudes y desencantos, ha aparecido en español la serie de tres escritos relacionados con la India englobados bajo el título de *Erotismo místico en la India*. Son tres breves miradas que evidencian las peculiares dotes de observador y erudito de Eliade, y cuya síntesis pone de relieve la singular formación intelectual de un estudioso que frecuentemente vuelve a sí mismo mediante notas autobiográficas, lo que nos permite conocer tres vertientes importantes dentro de la vida de Eliade: el erotismo, el apunte autobiográfico y el simbolismo religioso.

El primer ensayo (“Sobre la erótica mística india”), publicado en enero de 1956, parte de la premisa tradicional hindú de que la unión sexual es un ritual mediante el cual la pareja humana se convierte en divina. Estas observaciones adquieren mayor interés para quienes conozcan algo más de la obra de Eliade, pues sabemos de su intemperancia erótica, que refiere en ocasiones de manera exacta en sus *Diarios*. Pero un contrapunto fundamental es su novela *Maitreyi* (Barcelona, Kairós, 2000), que nos coloca ante los fundamentos culturales del erotismo indio observados y vividos por el joven estudiante europeo que fue Eliade. En la tradición tántrica, la “contención” —es decir, el goce de los escarceos eróticos sin culminar el acto propiamente— es el principio metafísico del erotismo, pues la “beatitud suprema” (*mahasukha*) no debe alcanzarse nunca mediante la emisión seminal. De esta manera, Eliade encuentra en los textos tántricos una profundización del erotismo en su dimensión absoluta, distinta de las visiones filosóficas relativistas desligadas de un despertar interno hacia la totalidad y que se volvieron modas doctrinales en Europa, como serían los textos de Georges Bataille (amigo de Eliade), publicados también en esos años.

Llama la atención esta doctrina de la “contención”, en la que el “neófito debe dominar perfectamente sus sentidos, y con este propósito debe acercarse por etapas a la ‘mujer devota’ (*nyayika*) y transformarla, mediante una dramaturgia iconográfica interiorizada, en diosa” (p. 19). Se logra con ello la inversión del proceso cósmico, la regresión al estado indiferenciado de la Totalidad original, y la conjunción Sol-Luna que, mediante la convergencia de los hábitos, logra su detención. A través de una postura yóguica (*varjolimudra*), se obtiene el “retorno del semen”.

El segundo escrito, titulado “La India a los veinte años”, es una rememoración a la distancia de sus años pasados en la India, que fueron definitivos para el resto de su vida. A pesar de que ese periodo está prolijamente anotado por Eliade en sus diarios, memorias, artículos y algunas obras de ficción (*Medianoche en Serampor*, por ejemplo), llaman la atención dos anotaciones: su deleite al imaginarse que, después de vivir treinta años en la India, podría evocar “la eventualidad de una existencia lamentable y fracasada, echada a perder en compañía únicamente de angloindios, en el medio banal y estéril de los pequeños funcionarios coloniales” (p. 46). La otra anotación refiere cómo, gracias a una mendiga de nombre Lulu, puso “fin a una crisis de melancolía y desesperación” al darle algunas monedas, lo que le permitió pensar que ese momento le serviría para la remisión de sus pecados el Día del Juicio Final (p. 56).

En el tercer ensayo, “Borobudur, templo simbólico”, reflexiona sobre el “célebre templo budista de la isla de Java y el más bello monumento de Asia”. La función simbólica del templo javanés sobresale porque durante muchos siglos la iconografía de Buda fue inexistente, pues se buscaba una representación superior a la imagen, de tal suerte que el *símbolo anicónico* del Iluminado (la rueda, por mencionar sólo uno), resultaba más intenso y más “puro” que la *estatua*. Eliade anota que se llegaba a la divinidad por diversos caminos (rituales mágicos, la contemplación, la mística), incluso mediante la contemplación de un objeto susceptible de resumir “la doctrina”; estos objetos de apariencia muy simple se denominaban *yantra*. El templo de Borobudur podría considerarse un *yantra*, en el que la doctrina es el “cuerpo verbal” de Buda, y el templo o *stupa* es su “cuerpo arquitectónico”, un monumento cosmológico que resume el universo y lo apoya (pp. 70-73). El recorrido por las galerías del templo, pletórico de nichos y bajorrelieves, permite al peregrino observar y franquear los grados del éxtasis en un tramo de dos y medio kilómetros; la fatiga física provocada por el lento ascenso es, en sí misma, una ascesis, una elevación espiritual que Buda proclamó como único camino de salvación. Finalmente, apunta que, en las culturas prealfabetizadas, el símbolo expresa un gran número de detalles de manera simultánea, no de manera sucesiva, por lo que Borobudur es un depósito simbólico del universo y un camino de desprendimiento del ego.

Este conjunto de tres ensayos son representativos de las inquietudes y la amplitud de miras de Mircea Eliade, uno de los pensadores más profundos del pasado siglo, y cuyos frutos aún ahora conservan la frescura y profundidad del momento en que los escribió, hace casi cincuenta años.

JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ GARCÍA